La Palabra del Domingo[1],
La Santísima Trinidad: La Luz que nos Envía a Testimoniar

Nos unimos en esta solemnidad, resonando con el espíritu que hace 150 años, el 8 de septiembre de 1875, impulsó a San Arnoldo Janssen a fundar nuestra Congregación del Verbo Divino. Celebramos hoy la Solemnidad de la Santísima Trinidad, el misterio central de nuestra fe, que nos revela a Dios no como una soledad, sino como una Comunión de Amor: Padre, Hijo y Espíritu Santo.

La Trinidad es un "misterio de fe en sentido estricto" (CIC 237), algo oculto en Dios que solo podemos conocer porque Él mismo, en su inmenso amor, lo puede revelar. Y esta revelación no es un dato abstracto para la mente, sino una invitación a la vida, a la comunión y, sobre todo, para nosotros, a la misión.

Las lecturas de este domingo 15 de junio nos sumergen en este gran misterio. Nos detenemos en el Evangelio de Juan (Jn 16,12-15), donde Jesús, en sus discursos de despedida, les dice a sus discípulos: "Muchas cosas me quedan por decirles, pero no pueden cargar con ellas por ahora". ¡Qué gran y profunda verdad! Hay realidades de Dios que superan nuestra capacidad de comprensión inmediata. Pero Jesús no nos deja a tientas. Promete la venida del Espíritu Santo, el Espíritu de la Verdad, que "los guiará hasta la verdad completa".

Estamos ante una verdad fundamental para nuestra espiritualidad verbita: el Espíritu Santo es nuestro guía, nuestro compañero inseparable en el camino de la misión. Él no añade nuevas revelaciones, sino que nos capacita para recibir la Palabra ya revelada de Jesucristo de una nueva manera**,** adaptada a los desafíos de cada tiempo y de cada cultura. Nos ayuda en esa comprensión de todo lo revelado por el Padre en Jesucristo.

Porque la "verdad completa" en Juan no es una doctrina abstracta, sino una persona: Jesús, el Verbo Divino encarnado, el revelador del Padre. El Espíritu nos configura con Él, nos enseña a vivir la verdad, a ser testigos de la luz.

Y el Espíritu nos guía de dos maneras cruciales para nuestra misión: Él **escucha** y **anuncia**. Primero, el Espíritu Santo es un modelo de **buen oyente**. En un mundo donde el griterío y la prisa a menudo impiden la escucha, el Espíritu nos enseña la primacía de acoger la Palabra.

Pero no se detiene en la escucha pasiva. Lo que recibe, **lo comunica, lo anuncia**. El Espíritu es el gran *comunicador de Jesús* y de todo lo que es de Jesús. Él "les anunciará lo que está por venir". Es como un catalejo misionero que nos permite divisar el futuro de la evangelización.

---

[1] Dimensión Animación Bíblica / Provincia de Chile XXXI/2025. José Miguel Alvarado, svd.

Y aquí llegamos a la cadena incesante de comunión y comunicación al interior de la Santísima Trinidad: el Padre y el Hijo lo tienen todo en común. El Hijo es la Palabra del Padre, y el Espíritu es el Soplo que permite que esa Palabra sea emitida, comunicada, encarnada.

Por boca de Jesús, captamos una revelación de Dios como Trinidad, no solo en su misterio íntimo, sino en su esfuerzo incansable por comunicarse y revelarse a nosotros y a toda la humanidad. Es un Dios que es **comunión de amor**, cuya esencia es reciprocidad, intercambio, salida de sí, encuentro, abrazo. ¡La esencia de Dios es **comunión**, y por eso, la esencia de **nuestra misión es construir comunión**!

Este misterio nos transforma, nos permite depurar nuestra imagen de Dios. Dios no es una soledad infinita, sino que "se vuelca en amor". El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado (Rm 5,5 uno de los textos favoritos de san Arnoldo Janssen). Esta es nuestra fuente de esperanza, incluso en un mundo herido por las divisiones, la incapacidad de encuentro y de diálogo.

Como Misioneros del Verbo Divino, y como "Testigos de la Luz: desde todo el mundo para todas las personas" – nuestro lema jubilar –, somos llamados a ser reflejo de esta Trinidad. Si en Pentecostés celebrábamos el valor de la pluralidad y la multiplicidad de lenguas y culturas, en la Trinidad se nos recuerda el valor de la unidad en medio de esa multiplicidad. Es en la **unidad entre nosotros**, en el **saber caminar juntos sinodalmente**, en el **diálogo interreligioso e intercultural**, donde damos testimonio de la Trinidad, disipando las tinieblas de la incredulidad y del pecado, y haciendo brillar la luz de Cristo.

El Dios uno y trino nos interpela: somos enviados a trabajar por la reconciliación y la búsqueda de la unidad en un mundo tan dividido, en medio de tensiones, guerras, polarizaciones y divisiones que laceran nuestras familias, naciones y el corazón de las personas.

Nuestra identidad más profunda es la **relación**. Cuando amamos, estamos en Ella, y cuando estamos en Ella, no podemos sino amar, no podemos sino ser misioneros de la luz del Verbo.

En este año jubilar de los 150 años de la fundación de la SVD, volvamos al espíritu de San Arnoldo Janssen y de San José Freinademetz, quienes, impulsados por el Verbo y el Espíritu, nos inspiran en nuestro lema: "desde todo el mundo para todas las personas".

Hagamos una vez más el sencillo pero profundo gesto: la señal de la cruz. Pues cada vez que hacemos la hacemos, realizamos la profesión de fe trinitaria y una declaración de nuestra misión.

Que todo lo que hagamos, en cada comunidad SVD, en cada misión, en cada apostolado, sea en el Nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén.